

De barrio somos

MARÍA CRISTINA RAMOS

Ilustraciones de Virginia Piñón

 **Planetalector**

Grupo Editorial Planeta

*A mi tío Rafael.
A todos los tíos y tías que acompañan a jugar.*

Grupo Editorial Planeta

Grupo Editorial Planeta

La máquina llegó al barrio cuando estaba por empezar la primavera. Me acuerdo porque ya habíamos movido toda la tierra del patio para sacar la maleza y airear los terrones para la siembra. Era un trabajo para todos. La única que se salvaba era mamá, porque ella se quedaba adentro preparando la comida y amasando el pan para la semana. Pero papá, Nacho y yo no nos salvábamos.

Papá usaba un azadón que había sido de mi abuelo y mi hermano ayudaba con la pala. A mí me tocaba sacar las matas secas, sacudirles la tierra y amontonarlas en un rincón del patio. Yo hacía eso porque papá decía que era un trabajo importante, y que yo era el que estaba más cerquita del suelo.

Como don Braulio no tenía todavía un lugar donde ponerla, pidió permiso para usar nuestro patio. Allí quedó, junto a la pared del fondo, como abrigada por las maderas del embalaje y el papel de viajar.

Yo quise aprovechar la parte de arriba, donde tan bien daba el sol, para poner la maceta de mi planta de azúcar. Mamá dijo que mejor no, porque cuando la regara podía mojar la máquina; entonces la puse en el borde de la ventana. Ya había una crestita verde asomándose, pero no dije nada, (a las plantas les hace mal que uno hable de ellas cuando todavía son enanas), pero se veía que venía bien. Yo había hundido en su tierra una moneda de cinco, para que la raíz no se sintiera sola y para que echara por lo menos cinco brazos.

—Manuel —me decía la abuela—, no mires tanto a esa pobre planta que la vas a quemar —y yo le hacía caso, porque nadie sabe tanto de plantas como ella.

En el barrio se corrió la voz de que la máquina estaba en mi casa. Y empezaron a venir. Mamá me dio permiso para que yo los hiciera entrar por el portón, con la condición de que no pisaran lo sembrado, así que me organicé. La entrada costaba tres figuritas o una bolita lechera, que por ese entonces estaban escaseando. Eso les daba derecho a mirarla, dar algunas vueltas alrededor y hacer preguntas. A veces venían mujeres. Como las que se animaban no eran muchas, yo las dejaba entrar gratis.



Pero cuando mamá descubrió en mi frasco azul el nidal de bolitas, se me acabó el negocio.

Me dediqué un día entero a ver pasar las nubes, pero sin contarlas, para que no me salieran verrugas. Entonces papá me dio permiso para quemar los yuyos, que ya estaban bien sequitos. Me lo dijo mirándome mucho, despeinándose y apretando un poco mi cabeza con sus manotas de gigante. Cuando papá me hacía esto yo me quedaba como una estatua sintiendo nada más cómo viajaban sus dedos por mi cabeza y los caminos de aire que se abrían en el pelo.

Preparé todo. Esto quiere decir que puse las dos primeras brazadas de chipica en el tacho de las hogueras, sin aplastarla, para que tuviera aire, y agregué una mecha de papel de diario. Encendí y me senté en el pasillo de cemento, para apoyar la espalda contra la pared.

El primer fuego era lo más descansado, porque había un chisporroteo y las llamas empezaban a crecer. Entonces, cuando ya quedaba poco por quemar, yo ponía otra brazada. Así, dos o tres veces.

Después venía lo que a mí más me gustaba. Los yuyos que habían quedado más abajo todavía tenían la humedad de la tierra. Para quemarlos había que ser un experto, como yo.

El corazón del fuego es rojo, pero a mí me gustan más las llamas azules. Esas que se desprenden solitarias y se hacen aire, vapor de fuego, alimento para las estrellas.

Ese día se me ocurrió algo distinto. Fui corriendo a traer el frasco azul donde habían vivido las bolitas y lo poblé con algunas ramas secas y otras que no tanto. Después tomé un palito con fuego y les di llama. Se escuchó un chistido y el fuego corrió como agua encendida y tomó la redondez del frasco. Era rojo a veces, pero también azul, como si el vidrio hubiera recuperado la memoria de cuando lo hicieron.

Yo sabía que si uno tapa la boca de un frasco de fuego, el fuego se apaga. Por eso extendí la mano sobre la boca pero a cierta distancia, para sentir su calor, pero dejando que respirara y siguiera como estaba, moviéndose en redondo, lamiendo el vidrio, encendiendo la pared brillante y azul como el hielo. Pero era un volcán, pequeño volcán transparente que respiraba conmigo, calor que me iba volviendo luminoso y liviano, que inundaba y dejaba ir por las venas su líquido brillante.

No sé cuánto pasó, no sé cuánto duran los volcanes enfrascados, pero en todo ese tiempo fue mío y yo era alguien de luz con el corazón rojo

casi siempre azul que me elevaba en el aire y que seguro llegaría a las estrellas.

No sé cuánto subí, solo recuerdo que mamá me anduvo buscando y yo no estaba.

Y cuando volví, me sentía raro, como si fuera otro. Porque desde lo alto se ve todo tan distinto que, al volver, parece que un pedazo de uno se quedó pensando muy arriba.